

—¡Quieto todo el mundo! ¡Que no salga nadie! ¡Pena de muerte al que dé un paso!

La Catedral está vacía, con el silencio cálido y oloroso que ha seguido a los divinos oficios. Un grupo de milicianos se atreve a entrar, y al no ver a nadie llama, gozoso, a grandes voces a los demás. En seguida corren todos como locos por las naves. Uno de los allanadores busca la escalera de una de las torres, y subiendo a ella iza la bandera roja sobre la augusta fábrica.

En tanto, otros milicianos se desparraman por las calles. Van como una tromba, levantando a su paso remolinos de humo y estampidos. Obligan a muchos vecinos a salir con los brazos en alto. De vez en cuando disparan a los balcones o simplemente al aire para mantener sobrecogida de pánico a la población. Preguntan por el emplazamiento de las iglesias y el paradero de los sacerdotes y emprenden la carrera hacia los templos. Cuando a ellos llegan, si se los encuentran abiertos, obligan, apuntando con los fusiles, a que los desalojen los fieles para ser inmediatamente cerrados «como lugares de fanatismo donde se esclaviza al pueblo». En la parroquia de San Pedro, adosada a la Catedral; sorprenden al canónigo don Florentino García haciendo precipitadamente la reserva del Santísimo, que estaba expuesto. Se apoderan del oficiante y le obligan a caminar con ellos para proceder al cierre de la iglesia de Santa María y otros templos. Las llaves las van depositando en el Ayuntamiento.

Terminada la tarea de cerrar las iglesias y «abolir el culto», en seguida proceden a los registros domiciliarios. Detienen a las personas que van designando los rojos locales, y en la busca de supuestos depósitos de armas lo vuelven todo y se llevan cuanto les parece.

Una voz pérfida dice que en el Palacio Episcopal hay un gran arsenal de armas y un ver-

dadero tesoro de riquezas acumuladas. Avidos de botín, corren entonces a la morada del Obispo. El prelado de Sigüenza, don Eustaquio Nieto y Martín, varón virtuoso, había cumplido ya los setenta años. Achaques de salud restábanle también ánimo y energías para tranques como los que iba a arrastrar.

Influido por el pánico general, tan pronto el doctor Nieto y Martín fue informado de la irrupción de los rojos en la ciudad, pasó del palacio Episcopal al Seminario, edificio contiguo con el que se comunicaba por accesos interiores, buscando aquí la compañía de los padres Misioneros del Corazón de María, que regentaban la comunidad de seminaristas, ahora en vacaciones, y ansioso seguramente también del consuelo que necesitaba en estos momentos. Los fámulos que quedaron en el Palacio cerraron las puertas. Una turba de rojos se estaciona a los pocos momentos frente al edificio y piden que se les franquee la entrada. Como las puertas permanecen cerradas, un jefe de grupo da la consigna:

—Venga la gasolina. Nosotros mismos nos abriremos paso.

Varios milicianos acarrear en seguida el combustible. Con el se rocían las puertas y pronto las llamas comienzan a restallar en las maderas. El Obispo es avisado en el Seminario.

—¡Está ardiendo el Palacio y buscan a Su Ilustrísima!

El doctor Nieto y Martín reúne los restos de su entereza, se santigua cristianamente y dice dirigiéndose a sus familiares:

—Pues vamos allá, y sea lo que Dios quiera...”

Nos quedamos aquí cerrando las páginas de Sigüenza porque nuestro propósito era llegar sólo al umbral del 18

de julio y no entrar en lo acontecido posteriormente. Pero lo sucedido en el día del apóstol Santiago en la ciudad de Sigüenza, merecía una excepción. La ciudad, entre la angustia y la esperanza, vivió unas jornadas tensas y llenas de violencia, llegando en muchos casos, hasta el heroísmo; entre la angustia, al ver cómo se asesinaban a ciudadanos indefensos por gentes incontroladas llegadas de Madrid y otros puntos, dedicadas exclusivamente, como ellos mismos confesaban a “limpiar” las ciudades y los pueblos de “facistas” título que daban a los agredidos de palabra y de obra. Y, también, con esperanza, porque la liberación estaba próxima y la paz y el orden volverían a asentarse en la ciudad y los pueblos. Hay que subrayar el enañosamiento que llevaron a cabo los “frentepopulistas” contra sacerdotes y religiosos y hombres de reputación acrisolada y la obsesión por el robo, el saqueo y los incendios de iglesias y archivos en los que estaba depositada la historia de cada lugar.

Sigüenza se defendió, hizo y padeció la guerra y en ella se desató el odio más terrible que quedó reflejado, no sólo en las gentes, sino también en las piedras, piedras que todavía, hoy, dan testimonio de lo que fueron unas jornadas de sangre y lucha.



Las brigadas mixtas del Ejército Popular hicieron un inteligente uso de los bosques que proliferaban junto a las carreteras y se convirtieron en algunos momentos en campo de batalla